

¿SE PUEDE HABLAR DEL OCASO DE LA FUNCIÓN PATERNA?¹

François Richard *

Resumen: *El presente artículo establece interesantes preguntas acerca de la función paterna ancladas al análisis del malestar en la cultura contemporánea. Para este propósito el autor propone un contrapunto entre diversos autores para plantear ciertas hipótesis en torno al supuesto ocaso de la función paterna.*

Palabras claves : Función paterna, subjetivación, psicoanálisis

Abstract

The following article puts interesting questions about the paternal role anchored to the analysis of the malaise in contemporary culture. For this purpose the author provides a counterpoint among several authors to raise some hypotheses about the alleged decline of the paternal role.

Key words: Paternal role, subjectification, psychoanalysis

Gracias, André Green, usted supo ser para mi, en el momento oportuno, un interlocutor en la transferencia y más allá, la “imagen del padre”: no solamente aquel de *Tótem y Tabú*², o el padre edipiano, sino más bien esta función consecuenta (como el Súper yo cultural civilizado suceda al Súper yo individual); aquello que Freud designa algo enigmáticamente, a propósito de la figura del padre ideal, como el “sujeto...del Yo (*Subjekt...das Ich*” en “Psicología de las masas y análisis del Yo” (1921)), este otro también “sujeto” en su fuero interno – lo que

*Psiquiatra. Psicoanalista. Doctor en psicopatología fundamental y psicoanálisis. Universidad de Paris 7 Denis-Diderot, profesor de L'ecole des Recherches en Psychanalyse, de la misma Universidad. E-mail: richard-franc@wanadoo.fr

¹ Este artículo, presentado con el título original: “PEUT-ON PARLER VRAIMENT D'UN DECLIN DE LA FONCTION PATERNELLE?”, fue traducido libremente al español por Ana María Álvarez R. El lector advertirá que muchos términos han sido “adaptados” al español más que traducidos puesto que no poseen una traducción literal y adquieren sentido en el contexto de la teoría psicoanalítica desde donde emergen.

² N.T: Todas las palabras en cursivas están así en el texto original.

hace pensar a Lévinas cuando indica que ese rostro singular, único, por tanto desconocido que yo cruzo, me llama y me constituye como responsable de él.

Involución o *Evolución* de la función paterna? El gusto por el pathos indica “la catástrofe de una Involución”, la cobardía de un compromiso demasiado rápido con la Época llamada “Evolución”!

Yo busco un *punto medio*. Como los organizadores de este coloquio, donde una conspiración fraternal de pares (diez minutos cada uno), a la sombra de un padre atento, busca, por entradas plurales, lo que serán los padres de mañana, a la escucha de nuestros analizantes³, los padres de hoy día. En una discusión con Maurice Godelier (2005) sobre el ejemplo de las *Na*, sociedad tibeto-birmana de China en que hermanos y hermanas educan juntos a sus hijos, mientras que los padres son desconocidos en el parentesco y en la paternidad, yo planteo que el complejo de Edipo no era nuclear allí pero que debíamos suponer que cada uno “sabía” que un niño había salido de una escena sexual elemental entre una mujer y un hombre, que tal niño había salido del encuentro de la madre con este hombre singular, incluso si los conceptos de padre y de progenitor no existían.

Nuestra modernidad, en su debate actual sobre las nuevas formas de « parentalidad » (Richard, 2006), reencuentra, sin saber qué hacer, ese peñasco biológico en búsqueda de función simbólica: parentalidad de una pareja que adopta un hijo, búsqueda de sus progenitores para los niños cuya madre dio a luz bajo X, múltiples situaciones complejas de embarazos medicamente asistidos, «madres portadoras»; verificación del ADN por parte de los

³ N.T.: Lo correcto aquí sería el término “analizados”, no obstante el concepto de “analizante” introducido por J. Lacán tiene un sentido particular al interior del planteamiento teórico de este autor.

padres para saber si ellos son efectivamente los progenitores de su hijo, parentalidad homosexual donde una de las partes podría ser o no el progenitor o la progenitora.

Malestar en la cultura y ocaso de la función paterna

Cuando se retoman las discusiones entre psicoanálisis y antropología se observa que la función paterna ha sido teorizada siempre como esencial, pero también como aquello que no es evidente. La obra de Freud aparece en un momento en que el padre es simultáneamente idealizado y combatido. Es que acaso se trata hoy día de un rechazo histórico del deseo bajo pretexto de oponerse a la dominación masculina, o, al contrario, de una evolución positiva de la psicología colectiva retirándose, o todavía, de una neurosis patriarcal, de una crisis del vínculo social engendrado por un hundimiento del Súper yo, condición de un deseo auténtico que vincula las pulsiones?

Las carencias de la autoridad paterna están hoy día a la base de la angustia depresiva de numerosos niños y adolescentes privados de límites claros. Pero, por otra parte, el nuevo posicionamiento de algunos padres da la posibilidad de una apelación al otro como interlocutor, más abierto a la intersubjetividad.

El malestar en la cultura contemporánea lleva a una situación de separación entre una exigencia social reforzada de moral civilizada y las manifestaciones individuales y colectivas, cada día más evidentes, de una desvinculación pulsional destructora de la sublimación del deseo, a la cual no sirve de nada oponer un retorno al orden si este no se funda sobre el Eros freudiano (amor de sí mismo y de los otros, sublimación).

Es lo que, más allá de los actuales discursos sobre “el declive», una antropología psicoanalítica debe hoy día pensar, apoyándose en la noción de terceridad (*tiercéité*⁴) planteada por Green (2002) en lo que dicha noción permite visualizar sobre la *función paterna* como perspectiva (*Subjekt das Ich*, Yo/Ideal/Ideal del yo). El proceso de *subjetivación* supera el exceso de imposición de las imágenes en cuanto el padre pasa a ser pensable en relación a *su propia* historia generacional, la cual pasa a hacer de “tercero”, y al mismo tiempo, lo vuelve accesible.

Es necesario protegernos del riesgo de encerrarnos en una concepción tan “reactiva” como correcta. No opongamos nuestro resentimiento al actual resentimiento histórico generalizado contra el padre (o lo que nosotros llamamos así quizás demasiado rápido, es más complicado, tal como ocurre con las problemáticas «ni neuróticas ni psicóticas», esos avatares de la subjetivación que tienen siempre que ver, a primera vista, con el padre defectuoso/ausente, *hypercomplejo a representar en realidad*). Contrariamente a lo que parecen creer las políticas, la función paternal no se decreta en una “vuelta el orden” *automático*: declarar prohibiciones por todas partes no puede más que agravar la tensión entre Ello, Yo y Súpero yo y la dificultad a sostener identificaciones y sublimaciones como bien lo muestra Bernard Stiegler.

¿La parentalidad será el futuro de un parentesco sometido, en adelante, a una gestión social educacional? Nunca hemos asistido a una condensación semejante, y por lo tanto, a una tensión de ese tipo, entre, por una parte, los ideales de respeto por el prójimo y de manejo de las pulsiones y del otro, la apología de una libertad individual supuestamente capaz

⁴ N.T: La palabra “tiercéité” no tiene traducción literal al español. Atendiendo al contexto, remitiría a la idea del “elemento tercero” y el papel que dicho elemento, en este caso, la función paterna, jugarían en el proceso de constitución de la subjetividad.

de representarse, incluso, de experimentar los movimientos pulsionales más variados. Freud, en *El malestar en la cultura* busca reconocer la contradicción de un exceso de exigencia de represión de las necesidades pulsionales, consiguiendo su vuelta bajo una forma pervertida de neo barbaries, pero también al interior mismo de instituciones civilizadas como sadismo del Súpero yo cultural colectivo, o como disolución de ese mismo Súper yo. Agrega que es deseable una profilaxis psicoanalítica colectiva de esta situación, pero que ella es imposible porque no existe más un lugar de autoridad legítima desde donde decretarla, puesto que es precisamente el Súpero yo cultural civilizado colectivo que está afectado por el “malestar”. Las evoluciones contemporáneas validan esta hipótesis. Pero hoy día, el conflicto se complejizó al punto que ya no estamos seguros de reconocerlo: ¿es la civilización la que inventa nuevas formas de compromiso? ¿No asistimos más bien al triunfo de una «barbarie con rostro humano»⁵, donde no será más la civilización que fracasa en su intento por superar la animalidad en el ser humano, sino la barbarie de siempre que, arrogante, pide prestado el discurso “políticamente correcto” para mostrar mejor su futilidad? ¿La barbarie bajando por fin las máscaras parece confesar que el progreso no fue más que una cubierta de la que puede prescindir? – de ahí la explosiva mezcla actual entre una voluntad colectiva educacional (respeto de la singularidad de los deseos de cada uno, de lo natural, de las diferentes culturas, del niño emergiendo como sujeto en un sistema de relaciones a condición que una buena parentalidad vigile este proceso) y una ausencia de límites a las representaciones de la violencia perversa y psicopática, cuya correlación con el recrudecimiento de las violencias

⁵Para retomar la expresión de B.-H. Lévy ([1977], *La barbarie à visage humain*, Paris, Grasset) visualizando la manera en que el totalitarismo comunista se presenta como un humanismo. La evolución reciente de las sociedades democráticas hacia una presión moral, a menudo, vacía de verdadera reflexión ética parece corresponder, desgraciadamente, a esta formulación.

privadas interindividuales y intrafamiliares hasta la sutil disolución del vínculo social ordinario, es evidente.

Formulo la hipótesis que los discursos sobre el ocaso de la función paterna, organizan nuevas formas de represión y de la neurosis de siempre. El control social de lo sexual se efectúa ahora en la paradoja de su liberación, pero esta se ve limpia de la relación singular que cada uno sostiene íntimamente con sus objetos edípicos internos y con la pulsión de muerte, promovida a lo transparente y a la trivialidad, prescrita como pertenencia a una categoría particular de la multiplicidad de placeres o como satisfacción higienista de las necesidades. Nada de sorprendente, por lo tanto, de ver converger el invasivo discurso social sobre el Bien y la tolerancia liberal-libertaria para todo lo que adviene. Ellos se desafían, tanto el uno como el otro, respecto del « compromiso sujetal⁶ en la relación a las pulsiones » (Green, 1993) siendo que ese tipo de compromiso es, sin duda, la condición de una sociabilidad verdaderamente compartida y reflexionada. Parentalidad más que parentesco, terapias comportamentales o narcisistas más que clarificación de la interioridad psíquica, ideología de un cambio permanente más que historicidad: es una desublimación depresiva y represiva donde la interioridad neurótica huye de sí misma externalizándose, sin que su demanda transferencial desaparezca, esta es incluso tanto más fuerte puesto que se encuentra recubierta por el discurso sobre la autonomía del individuo.

¿Gozar a « cualquier precio » o catástrofe del verdadero deseo? Si el incesto ya no tiene necesidad de su realización para impregnar todo, como dice Melman (2002), ¿debemos concluir que al conflicto pulsional se sustituye una patología del vínculo (Jeammet et Corcos, 2001, Hefez 2006)? La noción de *incestual* propuesta por Racamier (1995) parece

⁶ N.T. En francés « subjectal ».

aquí más pertinente: la crudeza del Edipo primordial, hendiendo el afecto de lo sexual y lo sexual objetal del narcisismo, realiza una represión paradójica que, sin embargo, permanece. Una represión en que existe más continuidad en la represión pulsional, que paso a un sistema desprovisto de apropiación subjetiva, incluso, si la fenomenología de la vida cotidiana y la estadística de las sintomatologías escenifican una preponderancia de los comportamientos en procesos primarios. En los estados límites, las pruebas pulsionales siendo mejor toleradas que los afectos, nos permiten plantear que asistimos al reemplazo del paradigma de la neurosis por aquel de los estados límites (con su cortejo de arreglos perversos contra depresivos). Pienso esta perspectiva simplista, la situación parece ser la siguiente: la represión y la inhibición del «verdadero» deseo (vinculado a la historia singular y a los objetos internos inconscientes edípicos) utiliza los mecanismos de expulsión contra fóbica en el actuar y aquel de la separación, de manera que la represión procure menos la protección de una interioridad. Nos encontramos frente al caso de las patologías de la subjetivación en el sentido de Raymond Cahn (2006).

Algunos puntos de vista contemporáneos

«Gozar a todo precio», ¿palabra de orden de una modernidad loca de consumo pulsional? Este objetivo se vuelve su contrario, el deseo decae en algo descalificado del lado de los objetos parciales y disfrutes “oficiales”⁷ dicen Melman y Lebrun (2002) después de haber presentado los temas de nuestra época, sin fe ni ley porque sin padres, nos volvimos intolerantes a la frustración y tentados por la solución perversa. La «liberación» de las pulsiones conlleva más un sentimiento de vacío y una dificultad difusa a existir que una

⁷ N.T.: “Orificielles” en la lengua original, relativo a los orificios.

economía libidinal dominada por el principio de placer, esta contradicción que descubren estos autores no es en realidad tan sorprendente: como bien lo argumentaba Stiegler, las pulsiones sin vinculación súper yoica son incapaces de retención, de sublimación y de verdadero deseo.

Melman hace referencia a esos pacientes que van a ver a un psicoanalista sin expresar una demanda, exhibiendo inmediatamente sus dificultades y asumiendo la relación al analista como algo que debe proporcionar una solución inmediata a su falta. ¿No sería mejor llevarlos, por un diálogo a la vez activo y auténticamente psicoanalítico (no cayendo nunca en la interacción personal), a descubrir la dimensión inconsciente de su sufrimiento ahí donde ellos se presentan como no teniendo ninguna distancia a su vivencia más inmediata? La imposición de lo actual y la exigencia relacional no son otra cosa que la transferencia bajo la forma más infantil, que hay que saber acompañar antes de interpretarla, si se consigue, no obstante, soportar el puerilismo que hay en ello. Una “congruencia entre una economía liberal desbocada y una subjetividad que se cree liberada de toda deuda hacia las generaciones anteriores”, una ¿“mutación que nos hace pasar de una economía organizada por la represión a una economía organizada por la exhibición del goce”? Se trata ahí de un nivel de comportamientos socializados, imágenes y discursos colectivos dominantes. Esto influye sobre las economías libidinales individuales, regidas por una represión a menudo recubierta por la comedia de su extinción, no vinculadas, difícilmente subjetivizables, y que no aportan, por tanto, la satisfacción esperada. El sujeto tiende a perder su dimensión específica entre falsa facilidad de decirse a sí mismo y precisión demasiado exacta del relato de los placeres (en algunos aspectos similares a la lengua de Internet). Pero el psicoanalista *debe* suponer aquí, que la interioridad psíquica huye más que desaparece, lo que testimonia el estilo depresivo de

este *cansancio de ser uno mismo* del que habla Erenberg, donde se encuentra la extraña mezcla de la angustia pulsional « clásica » y del deseo vencido por el reino de las pulsiones reificadas. Esto se asemeja ciertamente a una perversión generalizada que se transforma en una norma social, pero que corresponde finalmente a la economía psíquica de lo que se puede teorizar como una desublimación depresiva y represiva, a partir de los trabajos de Marcuse y de Stiegler. Melman habla de trastorno de la subjetivación como tal, más que de psicosis o de perversión (a pesar de su referencia teórica lacaniana) a propósito de una adolescente histérica que rechaza el reconocimiento de su deuda hacia las generaciones anteriores, prisionera hasta cierto punto de su libertad y al mismo tiempo, pareciendo inaccesible a las interpretaciones que podría dársele: ella no es inanalizable si se entiende su necesidad de reconocimiento y si se busca lo que, en la infancia, se posesionó mal del lado de sus primeros objetos (de sus primeros interlocutores). A propósito de otro paciente, él nota que su recuerdo de infancia de haber sido testigo de los juegos amorosos de su madre con sus amantes en ausencia del padre, le impedía sostenerse de una identificación masculina: el padre real condiciona aquí el acceso al “padre simbólico”. La « nueva economía psíquica » según Melman y Lebrun se cubre con la negatividad de las patologías de la subjetivación en que es « el compromiso al objeto pasando por las pulsiones que se deshace » (Green, 1993) al amparo de un “recurso a una omnipotencia supuestamente controlada”, a veces, hasta un parecido de normalidad. « Crimen perfecto » de una escapatoria disimulando a sí misma su existencia: ¿no la encontramos acaso en las formas de normalidad mejor adaptadas? El campo conceptual de los estados límites solapados en falso sí mismo o en defensas perversas es, en efecto, extremadamente extenso en cuanto se lo piensa a partir del punto de vista de un temor que la satisfacción significa la catástrofe de la pérdida

del objeto. No es fácil compartir ahí la universal incertidumbre de ser de la patología, esta última viniendo a significar la primera.

Los discursos sobre el ocaso de la función paterna y sobre el advenimiento de un nuevo sujeto que busca protegerse de la psicosis por la perversión (Melman, 2002, Dufour, 2003), dicen, en el fondo, que el *padre muerto* de la identificación estructurante, podría bien resultar ser también el objeto perdido de la melancolía del niño al abandono, privado de reconocimiento por el interlocutor paterno. ¿Freud no decía acaso que el padre ideal, polo narcisista identificatorio subjetivante, era también objeto de amor objetal? El abandono por el padre induciendo una regresión en la relación arcaica dual con la madre, retiene el efecto de la desorganización simbólica, percibiendo mal el impacto objetal de aquello: del padre real no queda entonces más que la idealización fálica entre rigidez autoritaria y dimisión. Lo que encontramos en la oposición entre aquellos que reclaman un regreso a la autoridad paterna (olvidando que ésta no puede jugar más que en sinergia con una función materna) y aquellos que se felicitan de la crisis del orden patriarcal conservador.

Así, Michel Tort en *Fin du dogme paternel* (2005) se vuelca a una crítica de la teoría freudiana de la identificación al padre, luego, a la teoría lacaniana de un orden simbólico sostenido por el Nombre-del padre, acusadas ambas de justificar la soberanía masculina y el patriarcado. Definiendo al padre como aquel del edipo, Freud y Lacan lo instituirán como figura central (de la rivalidad, de la identificación, de la necesaria separación con la madre), en detrimento del reconocimiento que la madre cumple una función simbólica civilizadora y educativa, así que en detrimento también de la consideración de la importancia de la relación real entre el niño y el padre. «No es porque el padre hacía la ley a la madre» que el orden antiguo era hasta un cierto punto «estructurante», sino porque había una ley ahí. Habrá

otras » escribe, agregando: El hundimiento de la solución paternal abre nuevas posibilidades que deben explorarse”. A partir de ese momento, « el lugar está libre, en la sociedad, para otros caminos de la paternidad”. Michel Tort, superponiendo parentesco y parentalidad subvalora el alcance de la diferencia de los sexos así como la identificación primaria en la filiación (Cf. Flavigny, 2006 et Stoloff, 2007). Digamos que el hundimiento de una cierta modalidad de la función paterna abre la posibilidad para nuevas modalidades de esta misma función. En 1967 André Green escribía que el «*principio de parentesco*» que Freud nunca explicitó» se encontraba en la temática de la «identificación primordial al padre... pues el padre no es, en este caso, objeto de deseo de posesión amorosa o de rivalidad destructiva, sino solamente término principal, sostenido en el distanciamiento, como referencia proyectiva del agrandamiento del sujeto que lo interpela en la dimensión del futuro tanto oscura como ineluctablemente». Cuarenta años después, agreguemos a ese propósito anticipador de las teorías contemporáneas sobre la subjetivación, que la apertura de un tal espacio subjetivante, supone la *presencia* del padre en su función, única capaz de estimar la *buena distancia* en que debe mantenerse : se observará la patología (inédita y desarrollándose desde hace algunos años) de un vínculo de dependencia recíproca, persecutoria y depresiógena padre/hijo sobre el modelo del vínculo más conocido de dependencia adictiva madre/hijo si el padre se mantiene demasiado cerca y una melancolía para el padre como objeto, si se mantiene demasiado lejos.

Bernard Stiegler, propone una teoría susceptible de esclarecer de manera coherente el actual estado de la miseria psíquica colectiva y de disolución del vínculo social, a partir de una reanudación crítica de algunos aspectos del pensamiento de Marx, Weber, Marcuse, Simondon, Debord, Derrida et Lyotard, a los cuales el agrega una lectura pertinente de Freud, hecho bastante raro en un filósofo. Un sentimiento de parálisis de las funciones del espíritu

humano, dice (2006), de desmotivación y de desafección caracteriza al individuo que precisamente no se «individua» más, no sublima más y tampoco sabe amar, entregado regresivamente al «reino de las pulsiones – en particular, pulsiones de destrucción y compulsiones que son los síntomas, donde proliferan las adicciones» Es menos la crítica del nihilismo (el desencantamiento del mundo según Weber, la «reducción del valor del espíritu» según Valéry) que la explicación que se propone, que es aquí, original «El proceso de identificación primaria, que se instalaba, aún recientemente, bajo la autoridad del *imago* parental, y, por el intermediario de la parentalidad, beneficios que tejían una herencia del espíritu, y como sus espíritus y sus obsesiones, pasó largo tiempo bajo el control de los flujos de objetos temporales industriales, y en particular, de aquellos de la televisión». Una situación así, engendraría «destrucción de toda vergüenza» “sublimación negativa” y “liquidación del Súper yo” en una paradójica mezcla de culpabilidad depresiva y de transgresión de las prohibiciones. Neurosis y barbarie. Mayo del 68 y Marcuse se equivocaban, no se trata de prohibir sino de criticar a la autoridad arbitraria para fundar un Súper yo colectivo legítimamente aceptable para todos. Ya que de otro modo, la libido es recogida por las imágenes y por el consumo, un “pasar a ser nada del objeto, que es necesariamente y seguramente también aquel del sujeto”. Huérfanos del respeto de sus padres, niños y adolescentes de hoy, privados de sublimaciones se inventarían « motivos que, partiendo de la búsqueda de lo mejor, conducen a lo peor » en las prácticas de auto sabotaje y la tendencia suicida, donde se puede leer una necesidad desesperada de manifestación de una instancia súper yoica, condición de los procesos de identificación primaria a las imágenes parentales y, más allá, procesos de subjetivación. La identificación primaria, « narcicisación » de la libido objetal, inicia a la retención y a la sublimación.

Stiegler representa una tendencia al control del sistema percepción-conciencia freudiana por el cálculo permanente de todo, comprendidas las cosas del espíritu, en un mundo donde los padres (y no solamente los padres hombres) aparecen frente a sus hijos como habiendo perdido sus saberes-hacer (habiendo dejado de tener verdaderos oficios inmediatamente discernibles en su función socialmente útil) es decir, como habiendo perdido su capacidad de sublimar socialmente su energía libidinal. Esta sociedad “no se ama más” y “fantasea tanto más ruidosa y ostensiblemente de “valores” que no son más que señuelos», slogans (retorno al orden, valor-trabajo) incapaces de parar el movimiento hacia el aislamiento de individuos cuya libido sabe cada vez menos encontrar objetos. Estamos en el punto donde los discursos oficiales sobre los valores, subrayando la desublimación depresiva y represiva, no hacen más que reforzarla porque no comprenden que los “valores” verdaderos extraen su consistencia de una creación permanente de lo que no existía antes. Esta creación permanente, dominada hoy día por las técnicas de «gramatización» en particular informática (técnicas creando identificaciones a modelos comportamentales de masa hipersincronizadas) no abriría más el espacio promovido por la alianza democrática de hermanos que matan al padre de la horda primitiva, instituyendo el sentido propiamente humano del “defecto de origen en general». Es esta lectura derridiana de Freud que permite a Stiegler distinguir las pulsiones desorganizadoras en procesos primario de aquellas que son capaces de alimentar el *deseo* verdadero, oposición cercana del conflicto Eros/Thanatos sin reducirse a eso, deseo de elevación del espíritu y de reconstitución del sentido de vivir una época, sobresalto contra la nueva servidumbre voluntaria del consumo generalizado, invención de nuevas modalidades de individuación.

Perspectivas

Si las interdicciones familiares y sociales se hacen menos apremiantes, la necesidad psíquica interna de referencia, no disminuye, lo que conlleva una discordancia y un sentimiento depresivo generalizado. La función paterna se ve entonces requerida para inventar un vínculo social intergeneracional más democrático. *Ella no desaparece, cambia* y en esta transición se diría que se sostiene paradójicamente gracias a sus fallas. Para Freud, el conflicto edípico engendra angustia pulsional y síntomas. Luego, desde hace un siglo, se la ha considerado cada vez más como un organizador simbólico de manera que el edipo devino, como lo subraya B. Juillerat (1991), una simbólica más allá del conflicto. Todo sucede como si hubiéramos elaborado una mitología en el fondo bastante próxima de aquella que B. Juillerat estudió en los Yafars de Papúa Nueva Guinea, donde la temática del complejo de edipo sirve para establecer una socio génesis (el riesgo de regresión excesiva hacia el objeto maternal primario introduce ahí una socialización organizada en torno a valores masculino y partriarcas). El edipo devino una herencia psíquicamente transmitida, « simbólica » y simbolizante, de la que se temía la invasión por un arcaico maternal.

Así, llegamos a olvidar que el conflicto edipiano engendra locura y desorden y que la « neurosis », a menudo, no es menos “grave” en términos de sufrimiento psíquico que un estado límite. *Matar al padre* representa la perspectiva ideal del neurótico, pero ¿qué es en la práctica? el edipo del mito griego mata a su padre sin saberlo, el se conduce como rival de su hijo, teniendo bastantes dificultades para sostener la función paternal. El padre de la horda fue asesinado, ¿pero no queda en la memoria del hijo como *grandioso*, no verdaderamente muerto, “mortal-inmortal”? ¿Qué decir de los padres de los grandes relatos clínicos freudianos, obteniendo más el pavor que el apuntalamiento del elemento tercero, incluso en los casos

claramente neuróticos (Dora, El pequeño Juan, El hombre de las ratas)?. La figura del padre en Freud, fundadora de un orden simbólico estructurante se inclina también del lado de un Edipo arcaico, espectral y fantasmático, como Green lo dijo a propósito de Hamlet (2004).

Freud (1930) identifica la paradoja de un posicionamiento no suficientemente fuerte del padre pudiendo inducir también un Súper yo excesivamente rígido y severo (compensador de la función paterna fragilizada), como de conductas fuera de todo límite, según si habría habido ahí amor o no: «El padre excesivamente débil e indulgente se transformará para el niño en un factor que ocasionará la formación de un Súper yo excesivamente severo, porque no queda al niño bajo la impresión del amor que el recibe, ninguna otra salida para su agresión que la de volverla hacia el interior. En el niño al abandono que fue educado sin amor, la tensión entre el Yo y el Súper Yo desaparece, toda su agresión puede orientarse hacia el exterior». Freud agrega entonces esta fuerte expresión: «Triste rol de la autoridad así reducida, - el del padre». Si el temor de perder el amor está al origen de la aceptación de las exigencias del Súper yo, la falta de amor desagrega el Súper yo y expone el Yo a la agresividad contra la autoridad que lo frustra; descripción completamente actual de esos adolescentes de hoy día que provocan, por sus conductas, intervenciones represivas de la sociedad pero que, sobre todo, sin duda carecen de amor, y a los ojos de quienes es esta sociedad entera quien encarna el «triste rol de la autoridad así reducida, el del padre». Estos adolescentes atacan las figuras de la autoridad incluso si ellos buscan un Súper yo, un principio paterna que sea aceptable (Richard, 2001).

Destino neurótico y destino fuera de todo límite, provenientes *ambos* del « triste rol de la autoridad así reducida, el del padre », contradicción que es casi un *oxymoron* en el descubrimiento freudiano, y de la cual dan testimonio nuestros analizantes hombres presos de

sutiles incertidumbres de ser como eco al *dolor de existir* de nuestras analizantes mujeres. Si en 1930 Freud piensa en una crisis histórica específica del principio de autoridad patriarcal, el siempre teorizó ese principio como problemático. En los *Estudios sobre la histeria* el padre seductor es patógeno, pero incluso después del abandono de la « primera teoría de las neurosis » cuando se transforma en la referencia identificatoria individualizante, permanece contradictorio: algunas páginas después la afirmación del rol constructivo del padre ideal, viene el pasaje sobre el líder idealizado que embauca a la muchedumbre hacia un caos regresivo (Freud, 1921).

En verdad, es desde el principio de la historia del psicoanálisis que el paradigma del « sujeto neurótico » está en crisis, y no solamente desde el advenimiento de una supuesta economía libidinal post moderna (R.-D. Dufour, 2003). Todos los grandes casos clínicos freudianos muestran una intrincación de la organización neurótica con funcionamientos límites y con momentos psicóticos – esto desde los *Estudios sobre la histeria*, donde el concepto de represión se deduce de una fenomenología de la separación, *Dora* es invadida por escenas pulsionales directamente derivadas del sistema de relaciones en su familia (no se trata exactamente de un « retorno de lo reprimido »), la indudable neurosis obsesiva de *El Hombre de las ratas* no impide el momento de locura en que se exhibe desnudo frente a un espejo preguntándose si su padre está muerto o vivo, la psicosis del *Presidente Schreber* es un proceso con remisiones y niveles de funcionamiento normales, finalmente y sobre todo, *El Hombre de los lobos* constituye el ejemplo precursor de problemáticas contemporáneas hiper complejas de subjetivaciones azarosas e inacabadas: núcleo edipiano, momento infantil de alucinación negativa y de forclusión, arreglo cotidiano para el fetichismo y la separación.

Decía hace un instante que en la cultura contemporánea el padre no está ausente, sino que es difícil representarlo. Hay que agregar que la representación no es suficiente para volver posible el acceso a la función paterna, es necesario también que exista un intercambio verdadero entre el padre y el hijo, que este sea reconocido por el padre como sujeto, el que no debería limitarse a traer la “ley”, salvo justamente en la economía psíquica de la neurosis. En la histeria, la Ley paterna es sospechosa de perversión y de arbitrariedad, en la neurosis obsesiva, ella degenera en ritualidad narcisista todavía más portadora de valor simbólico que la ritualidad de la práctica religiosa que procure un vínculo a los otros, escribe Freud (1907).

Un grupo de jóvenes adolescentes hacía ruido en el corredor del edificio bajo las ventanas de mi oficina. Se trata evidentemente de niños pertenecientes a familias burguesas. Mi primera demanda para que se quedaran callados no tuvo ningún efecto, salvo producir el comienzo de un diálogo, donde uno de ellos, según la expresión de otro, “me respondió”, a lo que contesté que tiene derecho a “responderme” pero que el ruido me impide trabajar. Luego se produce un tiempo de integración de este mensaje, los veo dudar, la mirada perdida como entregada a un vacío interior ahí donde el Súper yo es defectuoso, finalmente, se calman. *La autoridad en este ejemplo, emerge en el intercambio*, donde yo no me asumo como el representante de «la Ley», y me sitúo de manera igualitaria, tranquila y firme. Es el posicionamiento del analista cuyo retiro es forzado, o todavía más, la ética « responsable » del prójimo, según Levinas antes que cualquier acuerdo contractual, lejos de ser una concepción vertical de la Ley que cae del cielo, contrariamente al mensaje del monoteísmo como descubrimiento que el lugar de Dios, del Otro, está vacío. Cuando se habla de « post modernidad » con nostalgia de una edad de oro desaparecida del sentido y de la referencia, se idolatra las figuras grandiosas

infantiles reactivas al descubrimiento de ese vacío, a partir del cual es posible construir un vínculo social democrático, incluso si este puede engendrar también angustia. A este respecto, lo que aparece hoy día como una generalización de los funcionamientos límites no hace más que revelar lo que los sistemas neuróticos comportan de pánico contenido. La función paterna en tanto principio de terceridad⁸ y de intercambio inter-Sujetos aparece aquí, al mismo tiempo, defectuosa a hacer frente a una tal mezcla de organización y de desorganización y más solicitada que nunca de encontrar una respuesta - esta vez una verdadera, una buena - que se puede resumir como más democrática sin ceder sobre la necesaria firmeza del Súper yo cultural.

Références bibliographiques

CAHN R. (2006), «Origines et destins de la subjectivation», in RICHARD F., WAINRIB S., *La subjectivation*, Paris, Dunod, pp. 7-13.

DUFOUR R. (2003), *L'art de réduire les têtes. Sur la nouvelle servitude de l'homme libéré à l'ère du capitalisme total*, Paris, Denoël.

FLAVIGNY C. (2006), *Parents d'aujourd'hui, enfant de toujours*, Paris, Armand Colin.

FREUD S. (1907), «Actions compulsives et exercice religieux», in *Névrose, Psychose et Perversion*, Paris, P.U.F., 1973.

FREUD S. (1921), «Psychologie des masses et analyse du Moi», *Œuvres Complètes, Psychanalyse*, T. XVI, Paris, P.U.F., 1991, p. 44 sq.

FREUD S. (1930), *Le malaise dans la culture*, Paris, P.U.F., 1995, p. 74.

GODELIER M. (2005), «Freud et Lévi-Strauss désarçonnés : à propos de l'inceste», in RICHARD F., URRIBARRI F., (Eds) *Autour de l'oeuvre d'André Green. Enjeux pour une psychanalyse contemporaine*, Paris, P.U.F., Intervention de F. Richard, pp. 251-252.

⁸ N.T: Como elemento tercero.

- GREEN A. (1967), «Les fondements différenciateurs des images parentales. L'hallucination négative de la mère et l'identification primordiale au père», *Revue Française de Psychanalyse*, 5/6, T. XXXI, textes 1926-2006, 80 ans de psychanalyse, réunis par Denys Ribas, pp. 201-202.
- GREEN A. (1993), *Le travail du négatif*, Ed. de Minuit, p. 200 sq.
- GREEN A. (2002), *Idées directrice pour une psychanalyse contemporaine*, Paris, P.U.F.
- GREEN A. (2004), «Entretiens avec François Richard», *Adolescence*, 50, T. 22, n° 4, pp. 719-734.
- HEFEZ S. (2006), «Attache-moi», *Adolescence*, 56, T. 24, n° 2, pp. 305-318.
- JEAMMET Ph., CORCOS M. (2001), *Evolution des problématiques à l'adolescence*, Paris, Doin.
- JUILLERAT B. (1991), *Œdipe chasseur. Une mythologie du sujet en Nouvelle-Guinée*, Paris, P.U.F.
- LEVY B.-H. (1977), *La barbarie à visage humain*, Paris, Grasset.
- MELMAN C. (2002), *Entretiens avec Jean-Pierre Lebrun. L'homme sans gravité. Jouir à tout prix*, Paris, Ed. Denoël, pp. 13 et 19.
- RACAMIER P.-C. (1995), *L'inceste et l'incestuel*, Paris, Editions du Collège de Psychanalyse familiale et groupale.
- RICHARD F. (2001), *Le processus de subjectivation à l'adolescence*, Paris, Dunod.
- RICHARD F. (2006), «La parentalité, une notion à discuter», *Adolescence*, 55, 24, 1, pp. 43-53
- STIEGLER B. (2006), *Mécréance et discrédit. Les sociétés incontrôlables d'individus désaffectés*, Paris, Ed. Galilée, p. 15, p. 19, p. 66 sq, p. 74.
- STOLOFF J.-C. (2007), *La fonction paternelle*, Paris, Ed. In Press.
- TORT M. (2005), *Fin du dogme paternel*, Paris, Aubier, P. 17 et p. 180 sq.